

Un claro ejemplo de lo perverso de la religión

Siempre he manifestado mi rechazo a la religión en general, y a la religión organizada en particular. Este rechazo no es una reacción visceral, sino la consecuencia de observar, tanto históricamente como en la más rabiosa actualidad, como el fanatismo religioso corrompe y destruye el tejido social.

Hoy nos encontramos con un ejemplo evidente, el EI (Estado Islámico). El EI es la quita esencia de la perversidad religiosa. No por ser Islámico, lo mismo podría pasar con cualquier religión, si se dan las condiciones adecuadas. Como ya he manifestado en ocasiones anteriores, la diferencia fundamental entre el islamismo y el cristianismo (las dos creencias más extendidas) es que la última se practica, fundamentalmente, en países donde la laicidad y la no creencia han ganado un espacio social importante y los creyentes están obligados a guardar las formas y los planteamientos democráticos aunque sea en forma mínima.

Por el contrario, el islam está extendido, mayoritariamente, en países donde convive la modernidad tecnológica con las formas sociales propias de la edad media. Basta recordar lo que representó el cristianismo en ese periodo histórico para entender el enorme despropósito que representa la religión en esas sociedades.

Pero el caso del EI es la radicalización más extrema del fanatismo religioso. Toda religión se basa en el predominio de la irracionalidad en la estructura social. Cuando esa irracionalidad llega a extremos máximos, la situación se convierte en extremadamente peligrosa. Por ello alentar o incluso aceptar, consentir, el crecimiento de tal irracionalidad es suicida. Quien crea que estos planteamientos son intransigentes, incluso antidemocráticos, se equivoca totalmente. La agresión que representa este fanatismo radical hace inevitable el acto de defensa propia de la sociedad. El problema de fondo es que este fanatismo surge del seno del conjunto de creyentes que previamente, y como consecuencia de la existencia de normas de convivencia que promueven la tolerancia, no han manifestado actitudes tan radicales.

Nótese que parte de los adheridos al EI proceden de países occidentales donde ninguno de ellos se habría atrevido a poner en práctica acciones como las que hoy estamos viendo. Por ello la única conclusión válida es que el fanatismo religioso es de fácil propagación y extensión, si las condiciones sociales son favorables. Ello nos

empuja a la necesidad de ser activos en la oposición al mismo como acto de legítima defensa.

Es frecuente entender estos conflictos como el resultado de las desigualdades económicas y la lucha por el control de la riqueza. Sin negar las interacciones que en este sentido se dan en todas las sociedades del mundo y la utilización de la religión para fines ajenos a la misma, el enfrentamiento motivado por cuestiones religiosas tiene carta de naturaleza propia. Estamos ante dos cuestiones que promueven enfrentamientos violentos, y que en ocasiones establecen un bucle de retroalimentación, pero negar la violencia religiosa como motor principal en ciertos casos, es un error.

En el caso del EI, el fondo religioso está presente de una forma más que evidente. Es la búsqueda de un modelo social basado en un teocracia extrema, que niega cualquier valor al ser humano y se fundamentada en una intolerancia total. Tanto es así que no solo los no creyentes son sus enemigos (entendiendo por no creyentes no solo a ateos, agnósticos y similares, sino también a quienes profesan otras religiones), sino también los musulmanes que no comparten sus posicionamientos radicales.

Ideológicamente, el EI retrocede en el tiempo prácticamente al origen del islam, haciendo tabla rasa de los avances sociales de los últimos siglos, retomando conceptos como la esclavitud, o el secuestro y conversión en concubinas de las mujeres provenientes de colectivos no creyentes (ver su concepto de no creyente en párrafo anterior). Con tales planteamientos no cabe diálogo alguno, y por ello el enfrentamiento se hace inevitable.

Pero ¿De dónde surgen? Si bien es cierto que la radicalización del fanatismo religioso es inherente al propio concepto de religión (Guste o no, tanto los fanáticos religiosos como los creyentes moderados comparten la misma irracionalidad. Ambos basan sus creencias en los mismos orígenes, en las mismas mitologías. Por ello es tan fácil pasar de creyente moderado a fanático), en la consolidación del EI han convergido distintas causas y distintos actores, remontándose a la guerra de Afganistán y las alianzas de conveniencia entre Arabia Saudí y demás Emiratos Árabes con los Estados Unidos.

La guerra Ruso-Afgana fue apoyada e impulsada por los propios Estados Unidos, y financiada por sus aliados árabes. Los norteamericanos lo vieron como una oportunidad para desestabilizar

a la URSS, y no dudaron en armar y entrenar a sectores islámicos claramente radicales. Creyeron que estos serían después fácilmente controlables. Se equivocaron.

Arabia Saudí (junto con otros emiratos de la zona) no dudo en financiar tales acciones. No olvidemos que estas sociedades son claramente teocráticas, donde la ley se fundamenta en la Sharia, aunque en algunos aspectos no sea tan radical como en el caso del EI. Era, por tanto, una forma de extender el fundamentalismo islámico de carácter suní, y con ello reforzar su posición frente al Irán Chií.

La primera pérdida de control sobre esta arriesgada operación fue la aparición de Al Qaeda, liderada por Osama bin Laden, personaje de origen saudí que fue entrenado por los norteamericanos para combatir a los soviéticos en Afganistán.

El EI tiene su origen en las organizaciones derivadas de Al Qaeda, y hay claros indicios de que fue apoyado, oficiosamente, por algunos países árabes (en especial Qatar y Kuwait). El objetivo de tales ayudas era que este movimiento (junto con otros más moderados) derrocará el régimen sirio e impusieran en Irak el control de los suníes.

A este juego de los despropósitos también ha jugado Turquía. Al interés compartido con los países árabes de derrocar el régimen sirio, añadía el desmantelamiento de la región autónoma kurda de Siria. La obsesión por destruir a los kurdos ha sido siempre manifiesta por parte de Turquía, con la práctica de actos de represión que, curiosamente, no han tenido ni la crítica ni la desautorización del mundo occidental, a diferencia de actos semejantes protagonizados por el régimen sirio o el antiguo régimen iraquí.

Todo ello ha permitido el crecimiento de una capacidad ofensiva cada vez mayor por parte del EI.

Aunque de forma habitual soy contrario a la intervención extranjera en los conflictos locales, dado que esta suele estar orientada a la obtención de beneficios propios y no a la solución de conflictos, en este caso pienso que es preciso parar los pies a esta oleada de fanatismo. Y la forma más eficiente sería obligar a Turquía a abrir el paso de la frontera a los kurdos y al suministro de armamento de estos y de todas las fuerzas opositoras al EI. No hacerlo es permitir que los fanáticos religiosos del EI puedan continuar la limpieza étnica,

basada en la fe suní, que ya han iniciado. A la vez debería presionarse a todos los países árabes para que cierren de forma efectiva el apoyo económico a esta organización.

Evidentemente esta es una intervención de urgencia, pero nada se resuelve definitivamente si no se eliminan las causas inherentes del problema. Y las causas son la existencia de la religión organizada en el seno de las sociedades.

La religión debería ser, en todo caso, un derecho puramente individual de creencia (aunque sea un acto irracional), pero nunca permitir la religión organizada como elemento de poder social y/o político. La estructura social y política debe ser totalmente laica. Es precisamente la presencia de la religión organizada lo que promueve la imposición de los llamados "valores religiosos" lo que acaba provocando la vulneración de los derechos humanos y las libertades individuales, ya que cuando esa religión organizada adquiere suficiente peso en el seno de la sociedad, acaba imponiendo sus criterios a toda ella.

Por supuesto el cambio de criterio debería comenzar por nuestra propia "casa". Difícilmente vamos a poder influir a terceros países para que abandonen la teocracia en favor de la laicidad si no somos capaces de hacer lo mismo en los nuestros. Que nadie se lleve a engaño, el EI es la forma más extrema de la imposición religiosa, pero en las llamadas democracias occidentales la religión organizada sigue teniendo un gran peso político y social que condiciona enormemente el desenvolvimiento de la misma. Y no sería de extrañar que en algún que otro país que hoy consideramos democrático, acabáramos viendo la sociedad sometida a una clara represión de origen religioso. Sería suficiente con una mayoría constituida por creyentes, estructurados dentro de una religión organizada, que asumiera el poder político.